

misteriosos deseos de virtud y santidad que no podemos explicarnos: las lágrimas ruedan en silencio de los ojos; casi sin sentir, exhalamos profundo y lánguido suspiro. ¡Qué alegres y serenos pasaron en el templo vuestros días! ¡Qué dichosa es la sombra del Señor! Y á Vos, ¡cuán bella os descubre nuestro amor! ¡Quién os hubiera robado una mirada, ú oído una de aquellas santísimas palabras que dirigíais á Dios! Después, al dar vuestra mano al esposo que el Señor os destinó, ¿qué pasa en ese corazón tan puro? ¡Oh, qué felicidad es contemplaros, Virgen bella, admirar tu pureza incomparable, y quedar arrebatados de tu amor! Tú eres el verdadero santuario del Eterno; nosotros viviremos á la sombra de tus muros: Tú fuiste la Virgen más pura y santa en la presencia del Señor; por Ti alcanzaremos la pureza: Tú, la Esposa sagrada de José, extenderás sobre nosotros su manto con el tuyo, y á la sombra de los dos seremos salvos.

CAPÍTULO V.

LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

§ I.



El fundamento de las grandezas de María, la razón de todos sus privilegios y el punto más luminoso de su gloria, es, sin duda, su predestinación á la maternidad divina: hoy venimos á contemplar este misterio.

Antes que el Hijo de Dios encarnara en las entrañas de María, era muy conveniente que el Señor se lo anunciase. Así lo exigía la belleza del orden: que en el alma sin mancha de la santa Niña se derrame primero la luz, y los bellos resplandores de ésta fecunden su seno virginal: ciertamente, así sucederá: la plenitud de gracia que inunda su espíritu, no cabe en su interior; rebosa en sus entrañas y concibe al Hijo del Eterno (1). ¿Quién comprende la grandeza de María, ó mi le la elevación inmensa de sus méritos? Ha subido á una altura inaccesible á todos los demás, y vedla en seguida descender trayendo en sus brazos al Unigénito del Padre. La grandeza del misterio de la divina Encarnación nos revela la conveniencia de su celestial anuncio. ¡Oh hermosa y santa Sión! Adorna tu tálamo y recibe á Jesucristo. Mas ¿por ventura, no estaba la Purísima Niña dignamente preparada para la maternidad divina desde su concepción sin mancha? ¿No era ya desde entonces la ciudad santa que descendía del cielo como una esposa deslumbrante de belleza, y enriquecida con todos los tesoros del Señor? (2). Así era ciertamente; sin embargo, recordemos que Eliezer habló á Rebeca, le regaló brazaletes y pendientes de oro, y cuando le dijeron los padres de la joven: «Allí la tienes, tómala y llévala contigo, y sea esposa del hijo de tu amo», volvió á regalarle alhajas de oro y plata y vestidos de gran precio (3).

(1) D. Th., 3 p., q. xxx, a. 1.

(2) Apoc., XXI, 2.

(3) Gen., XXIV.

Así también lo hizo el Señor con la sagrada Virgen; y para esto le revela el gran misterio de hacerse hombre en su inmaculado seno, y le da una firmeza incontrastable sobre todo lo que el Espíritu Divino tendría que obrar en la ejecución del mayor de sus portentos. Dios no quiere tomar la carne de María en virtud del imperio soberano que tiene sobre sus criaturas: pide que Ella misma le franquee la entrada. ¡Cuánta benignidad por parte del Señor! Admiremos el anonadamiento de Jesucristo en la Encarnación; mas para efectuarlo, espera una palabra de María: es imposible que el hombre comprenda tanto amor (1). ¿Por ventura necesita Dios vestirse nuestra carne, ó no le bastan las delicias que goza en el seno del Eterno, para pedirle así á una Virgen, por cierto la más santa y hermosa de todas las criaturas, que lo reciba en sus entrañas: «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi inmaculada y purísima»? (2).

Esa benignidad, asimismo nos revela cuán grande es, delante del Señor, Aquella que á sus propios ojos es una humilde esclava: y el hombre, ¿no contemplará lleno de asombro la sublime grandeza de María? ¡Ah! Si no supiéramos que, á más de esta grandeza, nuestra dulce Madre lleva un corazón muy tierno, llegaríamos á su trono temblando y confundidos; mas, bendito sea el

(1) Philip., IV, 7.

(2) Cant., V, 2. D. Bern., Hom. IV, sup. Miss. D. Bon. in Luc., I, 38.

Señor, María se nos presenta benignísima y ofreciendo á todos la indulgencia (1); por esto, al pensar en Ella y dirigirle nuestros ruegos, ábrese el corazón á la filial confianza, y no hay secreto que no descubramos á sus ojos, ni miseria cuyo socorro no esperemos conseguir por su gloriosa intercesión, que todo alcanza.

Por el misterio de la Encarnación se unía el Hijo de Dios á la naturaleza humana con vínculo indisoluble y estrechísimo: había un matrimonio espiritual, para el que, por lo mismo, se aguardaba el consentimiento de la Purísima Niña, como representante de todo el linaje de los hombres.

Hé aquí por qué el Señor manda á uno de sus ángeles á la pequeña Nazaret con la embajada más augusta que ha podido recibir el mundo. Tratábase de restaurar en toda su grandeza al hombre, á quien el demonio había perdido cuando en el Paraíso sedujo á Eva; para esto descende de los cielos el gran enviado, y habla con María, la cual, al consentir en la maternidad divina, vuelve la vida á los mortales, vida que en otro tiempo les había quitado la primer mujer (2). Es también mandado un ángel á la Inmaculada Virgen, porque son las vírgenes los ángeles del mundo (3); y ¿cómo, por otra parte, un vasallo pudiera no traer á su Reina los mensajes del Monarca supremo de los cielos? Se presenta, pues,

(1) D. Bern., Serm. de duod. stell.

(2) Beda. In Fest. Annunt.

(3) D. Hieron., Ep. ad Paul. et Eust.

Gabriel, deslumbrante de belleza, con blanca vestidura y lleno de grandiosa majestad, la cual, con todo, inclina delante de María (1). Mas ¡cuántas maravillas nos descubre, al parecer visiblemente, delante de los ojos de esta Niña! Ese espíritu invisible toma una forma corporal porque anuncia un misterio que manifestaría al mundo al invisible Dios: tenían el mismo objeto las apariciones de los ángeles en el Antiguo Testamento. ¿No convendría asimismo que los sentidos de la Virgen Santísima, que llevará al Rey del cielo, no solamente en el alma, si que también en sus entrañas, quedasen fortalecidos y recreados con la presencia y dulce voz de un ángel? (2). Pero abramos un instante el Evangelio.

Habiendo entrado Gabriel á donde estaba María, la dijo: «Dios te salve, ¡oh llena de gracia! El Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.» Al oír tales palabras, la Virgen se turbó, y púsose á considerar qué significaría una tal salutación. Mas el ángel la dijo: «¡Oh María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios! Sábete que has de concebir en tu seno, y darás á luz, un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.» Pero María dijo al ángel: «¿Cómo sucederá esto? porque yo

(1) D. Aug., Serm. 18 de temp.

(2) D. Th. cit., a, III, in corp.

no conozco, ni jamás conoceré, varón alguno.» El ángel, en respuesta, la dijo: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto, lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba antes estéril, hoy cuenta ya el sexto mes; porque para Dios nada es imposible.» Entonces dijo María: «Hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel se retiró de su presencia (1).

¡Cuánta sabiduría contienen las palabras de Gabriel! Quiere llamar toda la atención de la hermosa Niña, instruirla en el misterio que le anuncia, é inclinarla para que dé su consentimiento; y ved cómo la saluda con expresiones que jamás había leído la Virgen Santísima en los libros santos; expresiones que bañaban con divina luz, inmensos horizontes donde nunca habían penetrado las miradas de María, porque ellas le revelan su aptitud y elección para la maternidad divina, y los resplandores de gloria que la cercarían por todas partes: Llena de gracia; el Señor es contigo; bendita entre las mujeres. El ángel la instruye: «Concebirás y darás á luz un hijo que será grande y será llamado Hijo de Dios.» Y añade: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti.» El ángel la anima: «La anciana Isabel ha concebido. Nada es imposible á Dios» (2). Mas ¡cuándo nunca en la antigua ley los ángeles hablaron con

(1) Luc., I, 28 et seq.

(2) D. Th. c., a. IV.

tan profundo respeto á los mortales? Era para éstos honor muy señalado recibirlos y hospedarlos, dándoles muestras de la veneración más humilde y rendida: cuando aparecieron al patriarca Abraham tres ángeles, corrió á su encuentro y les hizo reverencia, inclinándose hasta el suelo. Y dijo: «Señor, si yo, siervo tuyo, he hallado gracia en tu presencia, no pases luego» (1). Y ¿cómo podía inclinarse al hombre el ángel, que le era superior? La naturaleza de éste, hermosa y perfecta, espiritual (2); la del hombre, llena de corrupción y de miseria, por lo que el mismo Abraham decía: «Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza.» Es el ángel familiar y ministro de Dios (3); mas el hombre está separado del Señor como triste fugitivo (4); el ángel, finalmente, vive en la plenitud de la divina gracia y se halla envuelto siempre en los resplandores de la luz eterna (5); el hombre, cuando más, participa de la claridad del cielo, pero sin que las tinieblas queden enteramente disipadas (6). Mas preséntase María en la escena de la vida, llega el momento de la anunciación, y el ángel tiene que inclinarse ante su real grandeza; Ella le es superior en todas las excelencias referidas, y por esto es saludada llena de gracia. La gracia de Dios nos

(1) Gen., XVIII, 2, 3; Heb., III, 2.

(2) Ps. CIII, 4.

(3) Dan., VII, 10.

(4) Ps. LIV, 8.

(5) D. Th. cit.

(6) I Cor., XIII, 12.

hace resistir los asaltos del demonio, quita los tropiezos del camino y alienta nuestros pasos en la práctica de todas las virtudes; en cuanto á nuestra Niña, concebida sin la mancha del pecado, no tenía que sufrir sus tentaciones, por lo cual toda la fuerza de la gracia la eleva hasta el Señor como una columnita de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas (1); tan inmensa gracia rebotaba en su misma carne, fecundando sus entrañas virginales (2); y de aquí se derramaba sobre el mundo para salvar á todos (3), al justo y al pecador, al grande y al pequeño; porque de Ella están pendientes mil escudos, arneses todos de valientes (4), y los más pequeños, colocados á su sombra, ponen el colmo á su hermosura (5) y se hacen agueridos y esforzados.

María también excede al ángel en la intimidad que con Dios tiene; el ángel es vasallo, María será la Madre; el Señor ejerce su imperio en el uno, y á su Madre le rinde obediencia y amor. Está el Padre con Ella, está el Hijo, y también el Espíritu Santo; la Augusta Trinidad tiene en María su noble y hermoso descanso (6). ¿Cómo, después de esto, pudieran compararse las relaciones del ángel con su Dios, á las que nuestra santa

(1) Cant., III, 6.

(2) Hug. á S. Vict. cit. D. Th., op. VIII.

(3) D. Th. cit.

(4) Cant., IV, 4.

(5) Ezeq., XXVII. Hieron. et Lyra, hic.

(6) De Th. cit.

Niña tiene con su Padre, con su Hijo y su Esposo?

Y la luz de la pureza de María, ¿no será más espléndida y hermosa que la pureza de los ángeles? Ninguno de ellos es tan puro como la feliz criatura que fué la morada del Hijo de Dios y sagrario del divino Espíritu (1). Con razón, pues, el ángel se inclina al saludarla; mas nosotros, llenos de admiración, ¿no podremos todavía preguntar quién es esta Virgen tan venerable, saludada en tales términos por el celeste enviado, y tan humilde, que se halla desposada con un pobre artesano? Bellísima corona, ciertamente, aquella en la que brillan, con tan estrecha unión, la humildad y la pureza; ni agrada poco al Señor el alma en que la humildad recomienda la pureza, y ésta, á su vez, derrama la luz de su hermosura sobre aquélla; pero ¿qué alabanzas serán dignas de la mujer bendita cuyo divino germen engrandece y eleva la humildad, y consagra con sello inviolable su pureza? ¿Quién ha oído alguna vez tan grandes maravillas? Una Virgen, sin dejar de serlo, llevando en sus entrañas un Niño de quien está escrito: «En aquel día brotará el pimpollo del Señor con magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra será ensalzado, y será el regocijo de aquellos de Israel que se salven» (2).

Sabemos perfectamente quién es la hermosa Virgen á quien el ángel saludó diciendo: «Dios te salve, llena de gracia»; palabras de esperanza

(1) D. Bern., Hom. I, sup. Miss.

(2) Isa., IV, 2. D. Bern. cit.

y consuelo, de alegría y de paz; y ¿á quién sino á María pudieran ser dirigidas con entera verdad? Porque ella había de derramar la esperanza y el gozo en todo el mundo, y de su seno nacería la paz y reconciliación con Dios (1). Llena de gracia, porque nuestra Niña ha sido siempre acepta á Dios; mas está llena de una gracia increada, pues alcanzó la que ninguna otra había obtenido: ser llena del autor de la gracia, Aquel en quien ésta habita corporalmente (2); y, por lo mismo, ha recibido tanta como es posible á una criatura (3). El Espíritu Santo, al descender sobre María, la enriqueció con todos sus dones, y esta Niña dejóse ver resplandeciente de belleza y cautivando el corazón de los mortales (4). Llena de gracia, y en tanto grado, que ha podido inundar el mundo entero en sus inmensas aguas (5); plenitud de gracia que no es la de Esteban ni la de los apóstoles, discípulos y ministros del Señor, sino la que convenía á la Madre de Jesús: aquéllos recibían la plenitud del Espíritu Santo, no en sí mismo, sino en alguno ó en varios de sus dones; los milagros, la profecía, la fortaleza; María recibe la fuente de todos éstos (6). ¡Oh! Al contemplar los ríos, los mares de gracia que rebosa el

(1) D. Basil. De Annunt., orat. 39.

(2) D. Amb. In Luc., l. 2, c. 2. Hieron. Epist., 140. Exp. in Ps. XLIV.

(3) D. Bernardin., Serm. VI, tom. I.

(4) D. Athan., Serm. de Deip.

(5) D. Pet. Chrys., Serm. 42.

(6) D. Hieron., De Assump. Maldonat., hic.

corazón de nuestra Madre, el alma, sedienta en las tristes playas de la vida, exclama: Dame, te ruego, un poco de agua porque tengo gran sed (1). En esta tierra desierta, intransitable y sin agua, me pongo en tu presencia.....; en pos de tí va anhelando el alma mía (2). Su respuesta no se deja esperar: «Sedientos, nos dice, venid á las aguas; y vosotros, los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero, y sin ninguna otra permuta, vino y leche» (3). Y bebemos las purísimas aguas de su amor; y quedamos llenos de los bienes de la casa celestial (4). Y ¿por qué, estando así, el corazón no había de exclamar enternecido: Exhalen mis labios un suspiro de amor hacia María, cuya dulzura llena el alma? Tu santidad purifica mis pecados, ¡oh María! Tu entereza me vuelve incorruptible; por tu virginidad me ama el Señor, uniéndome consigo con sagrado vínculo: fuiste fecunda, y yo he quedado libre; y tu admirable parto me salva de la eterna ruina; y por tu Hijo he pasado de la muerte á la vida, del destierro á la patria (5).

El Señor es contigo. Hé aquí la causa del inmenso gozo que anunció el ángel á María. El Señor está con nuestra Niña, y no solamente como ha estado con los otros santos, mas con hermosa

(1) Jud., IV, 19.

(2) Ps. LXII, 3, 9.

(3) Isa., LV, 1.

(4) Ps. XLIV, 5.

(5) D. Bon. Psalt. V. M., ps. XLIV.

y singular prerrogativa: como un rey en su trono, Dios en su santuario, el Esposo en brazos de su Esposa, y el Hijo en el seno de Aquella que será su Madre (1). Mas ¿no es acaso Dios quien ha mandado al ángel? ¿Cómo, por lo mismo, cuando éste llega, el Señor ya se halla con María? Dios ha volado sobre las alas de los vientos, y quedóse muy atrás Gabriel; era asimismo que el vehementísimo deseo de darnos salvación, traía al Verbo con rapidez incomparable al seno de María (2); y esta Niña, con su santidad y sus encantos, le hacía venir también como ligero gamo, y cual cervatillo que pasa los montes y collados, y llega hasta su amada (3).

El Señor es contigo. ¡Oh, qué gozo sin medida inunda el corazón de los santos cuando se ven unidos al Señor! Su santidad los purifica, su belleza los encanta, su amor y su bondad los inundan en un piélago de delicias inefables. Vivir con Dios..... ¿No es esto la suma de la felicidad verdadera, única que debemos buscar sobre la tierra, y que lograremos cumplidamente en el cielo? Cuando una ráfaga de divina luz alumbra nuestros ojos, y prende en el alma una centella del sagrado fuego, corremos desalados á los brazos del Señor. Detengámonos un poco; ¿por ventura, no podemos aquí decir como San Pedro (4): «Es bueno permanecer en este sitio»? ¿Hemos tenido la dicha

(1) Francon., L. VI. De gratia.

(2) D. Bern. In Cant. 54. Hom. II., sup. Miss.

(3) Cant. II, 8, 9. D. Bon. Hexam., Serm. 21.

(4) Matth., XVII, 4.

de haber perseverado en la inocencia? Entonces, ¿quién podrá decir la dulzura que sentimos al escuchar de los labios de nuestro buen Padre estas palabras: «Hijo mío, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos»? (1). Esta permanencia en la casa del Señor es una gracia cuyo valor el hombre no comprende, y á la cual jamás podrá corresponder; Dios nos ha cuidado con incansable y tierno amor; nos retiraba del peligro, impedía las tentaciones, ahuyentaba los demonios, nos infundía valor, derramaba la luz en nuestras sendas, y Él mismo iba dirigiendo nuestros pasos; y las caídas que acaso dimos, no eran peligrosas, porque el Señor ponía su mano bajo de nosotros (2). Si el corazón no se enternece al pensar en estas misericordias del Señor, ¿no será insensible y duro como el mármol? Y ¿para cuándo ha de dar sus alabanzas al Eterno? La protección que así nos dispensa nuestro amable Dios, es un efecto de su gran bondad; quitémosla un momento, y nuestra alma estaría ya morando en los infiernos, decía David (3). ¡Cuán bondadoso es Dios para Israel, decía también, para los que son de corazón recto! (4) Hé aquí las palabras que deben salir de nuestros labios: ¡Cuán bueno es el Señor, cuán bueno es! Bendigamos, amemos, glorifiquemos su incomprensible y tierno amor.

¿Hemos perdido la inocencia? Todavía así,

(1) Luc., xv, 31.

(2) Ps. xxxvi, 23, 24.

(3) xciii, 17.

(4) lxxii, 1.

¿quién puede comprender el consuelo que sentimos al llorar nuestros delitos? El pecado es siempre un peso que nos oprime el alma, y un germen fecundo de amarguras y dolores; por esto, cuando tiramos esa carga y arrancamos ese triste germen, nos inunda un consuelo inexplicable; cierto es que venimos á los pies de Dios, llorando, y sin levantar los ojos á su divino rostro, le decimos: Padre mío, he pecado contra el cielo y contra Ti; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. Mas también, ¿no es verdad que la primer palabra que hemos dicho encierra un inmenso tesoro de esperanzas y consuelo? ¡Poder llamar de nuevo con este dulce nombre á nuestro amado Padre, y hallarnos en sus brazos, y gozar de sus caricias!.... Las lágrimas brotan á raudales de los ojos, y el corazón desfallece de ternura (1).

Si es tan dulce el llanto del arrepentimiento, ¿cuál será nuestro consuelo contemplando únicamente la conducta del Señor? Hase cambiado en paz mi amarguísima aflicción, y Tú, ¡oh Señor! has librado de la perdición á mi alma, has arrojado tras de tus espaldas todos mis pecados (2). El Señor ha perdonado nuestras maldades, y no se acuerda más de nuestros pecados (3). No temamos que nuestro buen Dios, que nunca se arrepiente de sus dones (4), turbe la paz que nos ha dado, ó nos confunda, recordando lo que ya nos

(1) D. Bon. In c. xv. Luc., v, 20.

(2) Isa., xxxviii, 17.

(3) Heb., viii, 12.

(4) Rom., xi, 29.

perdonó. Seremos nosotros los que traigamos al alma esos recuerdos, para vivir siempre humillados y llenos de ternura y gratitud.

¿Qué vida, pues, hay tan dichosa como la que llevamos estando unidos al Señor? Mas, por el contrario, separados de Dios, sólo encontramos vanidad y engaño, miserias y desgracias.

Los sentimientos de júbilo y consuelo de que hablamos, tienen lugar en nosotros cuando pensamos en nuestra unión con el Señor, y siempre que su Espíritu nos da testimonio de ser hijos de Dios (1); sin embargo de ser miserables y débiles criaturas, ¿cuáles serían los del immaculado corazón de nuestra Niña al oír que un enviado del cielo la dice: «El Señor está contigo»? Pudo Ella entonces exclamar: Mi alma se derritió al escuchar su voz (2). El amor, la dulzura, santos y vivísimos deseos del cielo llenaron su alma y la unieron más estrechamente á Dios.

¿Por qué los hijos de María no habríamos de alegrarnos con Ella? Entremos en su gozo. Nuestra Madre es feliz, muy feliz, porque el Señor está con Ella; felices también somos nosotros, á quienes María ha de unir con Dios; en medio de su gloria, la tierna y amorosa Virgen piensa en sus hermanos, en sus hijos, y ruega por nosotros; como es tan bella y agradable á los divinos ojos, y es tan compasivo su hermoso corazón, el Señor concederá cuanto le pida, y todo lo tendremos por María. ¡Oh, qué buena Madre, cuán tierna y ca-

(1) Rom., VIII, 16.

(2) Cant., v, 6.

riñosa hermana! ¿Cómo pudiera dejar de amarla el hombre? Pensemos en María, y démosle todo nuestro afecto, y seamos felices, pudiendo decir continuamente: María está con nosotros.

«Bendita tú entre las mujeres», dijo el ángel á la hermosa Niña. Y ¿por qué es bendita? Porque dará á luz al Salvador del mundo (1), el deseado de los collados eternos, el Príncipe de la paz, el Padre del siglo futuro, el Hijo de Dios, por quien suspiraron los patriarcas, á quien anunciaron los profetas, y el mundo todo esperó por tantos años. Es bendita, porque María destruye el oprobio de su sexo (2), y en Ella es glorificada la pureza virginal y la fecundidad, y brilla su alma santa con el resplandor de todas las virtudes y dones del Señor.

Detengámonos todavía un momento reflexionando en las palabras del ángel.

María está llena de gracia, mas no de la gracia del mundo, que es falaz; sí de la del Señor, que es verdadera, y cuya esencia seméjase á la del bálsamo puro y sin mezcla (3); gracia inmensa: ¿no es acaso inmenso el seno de María, que ha llevado al Hijo del Señor, á quien no abarcan los cielos? Y ¿cómo pudiera ese seno llenarse y rebosar, si no fuese inmensa la gracia con que Dios le tiene enriquecido? (4) Y su gracia se multiplica y extiende sin medida como las ramas del terebin-

(1) D. Aug., Serm. XI. De Natali.

(2) Idem, Serm. X. De temp.

(3) Eccl., XXIV, 21.

(4) D. Bon. Spec. B. V. M., c. v.